

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

El amor de Jerusalén

Zacarías 2

“Si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría”.

Salmo 137:6

Después de que las diez tribus infieles de Israel fueron llevadas cautivas a Asiria en el año 721 antes de Cristo por el rey Salmanasar, Dios tuvo paciencia con Judá y Benjamín, dejándolos en Jerusalén a causa de la casa de David. Pero debido a su persistente desobediencia, finalmente permitió su deportación a Babilonia por Nabucodonosor, durante setenta años. Entonces el poder fue dado a las naciones, las cuales redujeron a Jerusalén a ruinas. Su muralla fue destruida “y sus puertas quemadas a fuego” (Nehemías 1:3).

Sin embargo, Dios dijo: “Mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre”. “Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha” (Isaías 62:1).

Bajo el edicto de Ciro, rey de Persia, favorable a los judíos, alrededor de cincuenta mil de entre ellos volvieron de la cautividad de Babilonia a Jerusalén en el año 536 a. C. Después de haber reconstruido el altar y puesto los fundamentos del templo, desanimados por sus enemigos, abandonaron su construcción durante cerca de diez y seis años.

En el año 519 a. C., el segundo año del reinado de Dario, rey de Persia, los profetas Hageo y Zacarías fueron llamados por

Dios para despertar el celo del pueblo. Hageo se preocupó especialmente por la casa de Dios que estaba desierta, y reprochó a los judíos haber sido negligentes con ésta mientras ellos mismos habitaban casas artesonadas (Hageo 1:4).

Zacarías pensaba en la *ciudad*, levantó los ojos y miró: “Y he aquí un varón que tenía en su mano un cordel de medir” (2:1). El profeta interpeló a este desconocido (un ángel que había tomado forma humana): ¿Por qué se dirigía hacia Jerusalén, la ciudad arruinada? ¿Sería uno de aquellos que “aman sus piedras, y del polvo de ella tienen compasión”? (Salmo 102:14) ¿Tendría un mismo pensamiento con el profeta, la misma solicitud por el santuario asolado?

“Y le dije: ¿A dónde vas? Y él me respondió: A medir a Jerusalén, para ver cuánta es su anchura, y cuánta su longitud” (2:2). Dios mostraba así su compasión; afirmaba sus derechos para poseer por completo ese lugar pisoteado por el enemigo.

¿La pregunta del profeta fue inoportuna? No, las palabras del ángel muestran la bienvenida que ella encontró; y viniendo de un hombre que amaba a Jerusalén, esta pregunta no podía quedar sin respuesta.

Veamos al joven Zacarías mostrar solicitud en “el día de las pequeñeces” (4:10). Mientras alrededor de él reinaba la muerte espiritual, su corazón ardía por la ciudad abandonada y sin atractivo, cuyas puertas estaban consumidas por el fuego. Él no olvidaba que era la ciudad del gran Rey. Mientras cada uno corría a su propia casa (Hageo 1:9), sus ojos miraban los lugares abandonados y, en su tristeza, fue animado por los sentimientos de Daniel quien, varios años antes, decía: “Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado” (Daniel 9:17).

Zacarías, en su juventud, es un hermoso ejemplo de un verdadero apego a la obra de Dios. ¡Cuánto le pesaba en el corazón el estado del pueblo de Israel y de la ciudad amada por Dios! Escuchémoslo, en su amor vibrante por ella y considerando sus ruinas humeantes, repetir cinco veces: “Alcé mis ojos y miré” (1:18; 2:1; 5:1, 9; 6:1).

Vemos en Zacarías la fidelidad de un corazón, apartado de la influencia de las cosas de este mundo para no fijar la mirada más que en un solo objetivo. Esta fidelidad brilla con un resplandor tanto más vivo que se manifiesta en medio de un relajamiento general. Por eso, ¡qué respuesta recibe el profeta! Para animar su fe, en esos días sombríos, justa recompensa a su interés, es puesto ante el cuadro magnífico de las glorias futuras de Sion. “Y he aquí, salía aquel ángel que hablaba conmigo, y otro ángel le salió al encuentro, y le dijo: Corre, habla a este joven, diciendo: Sin muros será habitada Jerusalén, a causa de la multitud de hombres y de ganado en medio de ella. Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella” (2:3-5).

Ese segundo mensajero viene del cielo al encuentro del primer ángel, invitándolo a llevar sin tardanza su maravilloso mensaje al profeta. Debía revelarle de una manera más completa y hermosa lo que acaecerá a la ciudad bien amada. ¡Las ruinas no serán perpetuas! Las piedras dispersas del santuario serán reunidas y edificadas para ser nuevamente la casa de Dios. Allí es donde muchas naciones acudirán y su última gloria será mayor que la primera.

Hoy estamos al final de la historia de la Iglesia en la tierra. Si en su principio la bondad de Dios brillaba allí en su hermosura, su final muestra la infidelidad del hombre y su incapacidad para mantenerse en la bendición.

Actualmente, como en el pasado, es un tiempo de pequeñeces. El testimonio cristiano es lo que el apóstol anunció en Hechos 20, véase particularmente los versículos 27 - 38. En sus últimas epístolas, escritas mientras estaba prisionero en Roma, habla de una manera más precisa todavía, viendo en algunos de los que lo acompañaban una falta de interés por la obra del Señor. Desde entonces el mal continuó extendiéndose. La tibieza espiritual es grande pues cada uno busca sus propios intereses y no los de Jesucristo. Una vida llena de ocupaciones atrae a la gente. ¡Cuántos razonamientos para justificar las distracciones y los placeres mundanos que buscamos y que “batallan contra el alma”! (1 Pedro 2:11) Y también, ¡qué velo cubre las cosas excelentes, verdaderas, puras y venerables, las únicas que pueden dar el gozo y la paz verdaderas!

Imitemos más bien a Zacarías, ese “joven” que tenía un profundo amor hacia Jerusalén porque ésta era la ciudad amada por Dios. Entonces, una rica bendición reposará sobre nosotros, porque “Dios no es injusto para olvidar” lo que se hace por su nombre (Hebreos 6:10). “Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:26).

Nuestro servicio para Cristo se refiere a cosas más preciosas que el templo y la Jerusalén terrestres. Por gracia, aunque en debilidad, tenemos el privilegio de participar en su obra de amor aquí en la tierra, cuyos resultados maravillosos son eternos.

Los creyentes resplandecerán durante el milenio en la Jerusalén celestial que descenderá del cielo, de Dios (Apocalipsis 21:1-2)). Metrópolis brillante de un mundo renovado, la Iglesia, “la ciudad santa”, será la “esposa del Cordero”, “dispuesta como una esposa ataviada para su marido”, vestida “de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19:7-8). El

Cordero será su lumbrera, “y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella” (Apocalipsis 21:24).

Y cuando todas las cosas sean hechas nuevas, la Iglesia, la “nueva Jerusalén”, iluminada de la gloria divina, será por siempre la habitación de Dios con los hombres en el cielo nuevo y la tierra nueva, en los cuales habitará la justicia.

Queridos hermanos vale la pena tener una santa energía extraída de la comunión con el Señor, energía espiritual que se eleva por encima de todo lo que, en este mundo, cautiva nuestros pensamientos y afectos y los desvía de lo que debería estar constantemente ante nuestros ojos: su gloria y sus intereses en todo lo que hacemos.

¡Que podamos, en el corto tiempo de nuestro peregrinaje anhelar ser guardados de la influencia de los placeres engañosos de un mundo juzgado para consagrarle lo que nos ha confiado: nuestros corazones, facultades, bienes, tiempo, realizando en la práctica la verdad de que no nos pertenecemos a nosotros mismos y que hemos sido comprados a gran precio (1 Corintios 6:20)!

Tengamos en el corazón “la Iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28), por la cual se entregó a sí mismo “a fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:27) e irreprochable y que, en la felicidad y gloria eterna, subsistirá por siempre en su inalterable y divina belleza.

P. J^d.

La grandeza de Dios

“Señor Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia”.
Salmo 104:1

“Tú eres grande, y hacedor de maravillas; sólo tú eres Dios”.
Salmo 86:10

“¿No lleno yo, dice el Señor, el cielo y la tierra?”
Jeremías 23:24

“Dios... es grande sobre todos los dioses... Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo”.
2 Crónicas 2:5-6

En su pensamiento él abarca la eternidad: el pasado, el presente y el porvenir, el universo con sus montañas infinitamente grandes, la tierra y sus seres infinitamente pequeños.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).